

Ángel María Pascual (1911-1947)*

JUAN MARÍA LECEA YÁBAR

Miguel Sánchez Ostiz, no inclinado precisamente a los elogios fáciles, ha dicho que Ángel M^a Pascual es “el escritor que mejor escribió nunca sobre Pamplona”¹. En una conferencia que dio en el Nuevo Casino de Pamplona en diciembre de 1987, Rafael Conte, crítico literario, primeramente en *El País* y actualmente en *ABC*, afirmó: “Ángel María Pascual es uno de los mayores prosistas de España y quizá el mejor de Navarra del último siglo”². Para José María Romera, “es el más notable de los escritores navarros de nuestro siglo”³.

Ángel María Pascual nació en Pamplona el 18 de diciembre de 1911, festividad de la Virgen de la O, y murió en ella en 1947, cuando tenía 35 años. Celebramos, por tanto, ahora el cincuentenario de su muerte. Su ficha académica nos informa que cursó estudios de Derecho y se doctoró en Filosofía y Letras. También realizó estudios de Magisterio y de solfeo y piano hasta adquirir el grado de profesor. Pérez Salazar nos dice que quiso ser arquitecto, y añade: “una vocación traicionada es como un pájaro preso, como un vuelo atrapado”⁴. De ahí que él concibiera la conjunción de las ideas con el arte tipográfico, que tanto amó, como una “arquitectura de serenidad”. Dominaba varias lenguas -según García Serrano, latín, griego, francés, inglés

* El texto que sigue a continuación pertenece a la charla que inició la tertulia de “El placer de leer”, en el hotel “Ciudad de Pamplona” el 19 de mayo de 1997, para celebrar el 50 aniversario de la muerte de Ángel María Pascual; acto organizado por el Ateneo Navarro/Nafar Ateneoa. Para esta publicación he preparado las notas a pie de página.

¹ M. SÁNCHEZ OSTIZ, *Las estancias del Nautilus*, Valencia, 1997, p. 10.

² Conferencia en el Nuevo Casino de Pamplona el 15 de diciembre de 1987. Referencia en *Diario de Navarra*, 17-XII-1987.

³ En la presentación de los actos conmemorativos del 75 aniversario del nacimiento de Á. M^a Pascual y del 40 de su muerte. Referencia en *Diario de Navarra*, 16-XII-1987.

⁴ Conferencia en el Nuevo Casino de Pamplona el 17 de diciembre de 1987. Referencia en *Diario de Navarra*, 18-XII-1987.

y vasco, y podemos añadir también el italiano y el catalán-. “El euskera lo aprendió a pulso”, comentaba Pérez Salazar. Sánchez Ostiz nos dice que “poseía una sólida formación religiosa y humanística que se refleja en su obra, junto con una gran curiosidad intelectual orientada hacia los campos más diversos del saber y de la creación artística”⁵.

Nos dice García Serrano que Ángel María “era el muchacho que todos los padres colocan de ejemplo a sus hijos en cuanto éstos se descarrían un poco”, lo que “no contribuyó a su popularidad entre nosotros, al menos en nuestros tiempos bachilleres”. Ambos -Ángel María y Rafael- coincidieron en ser los pioneros en Pamplona “en el uso de los llamados pantalones de golf (*nickers* o cosa así los llamaban los entendidos) y también bombachos, y romper una tradición en la Pamplona de mi infancia o ser obligado por la autoridad materna a constituirse en vanguardia de una novedad, era mucho más difícil y peligroso que asaltar un banco bajo el paternal gobierno de don Miguel Primo de Rivera”. A propósito de trajes, el mismo García Serrano nos dice que Ángel María estuvo en Italia, en la boda de Don Juan de Borbón, ¡vestido de roncalés! He leído otra versión de que este viaje a Roma lo hizo con una peregrinación diocesana.

Nos sigue diciendo García Serrano, el mejor informador sobre nuestro autor, que “tenía Ángel una buena y sólida cultura”, que “a veces retorcía la historia para adaptarla a sus deseos, al vaticinio que deseaba ofrecer a sus lectores o a la orientación que estimaba justa. Era un tipo sonriente -pocas veces lo vi enfadado-, de voz tranquila y dicción pausada y cuando hablaba en pie solía balancearse de proa a popa o de babor a estribor, como un estudiante del Corán, de la Tora o de la tabla de multiplicar. Era delicado de maneras, refinado en sus gustos literarios, y sobre la platina se las apañaba como los maestros. Sus conocimientos tipográficos superaban a cualquier periodista veterano de los que pisan firme en el taller. Amaba las bellas ediciones, y más si intervenía en ellas, y cuidaba en este aspecto sus libros con insuperable esmero. Escribía de noche, en su despacho, en un rincón del taller, en cualquier lugar, sobre papel posteta, a lápiz, y era capaz de mantener al mismo tiempo una conversación sobre cualquier tema, responder a una llamada telefónica sin descuidar su trabajo o llamar la atención suavemente al lucero del alba”. “Por si fuera poco dibujaba con gracia geométrica y antigua unas viñetas que semejaban ilustraciones para códices miniados”⁶.

Alberto Clavería nos lo describe así: “Sonreía continuamente, menos cuando escribía o dibujaba. (Escribía como dibujando y dibujaba como escribiendo). A su faz morena, pero fina, a sus ojos negros y ardientes, a su habla lenta, a esa sonrisa ática, a sus manos nerviosas de buen dibujante, a su tipo fornido, pero como ablandado en una vida sedentaria, lo mismo le podían ir bien la veste clásica que los atuendos para un minueto. Civil por los cuatro costados, casi no se quitaba la camisa azul. Trabajando era elegante, porque ocultaba la fatiga y lo hacía todo como por juego”⁷. La música, sobre

⁵ M. SÁNCHEZ OSTIZ, *Gran Enciclopedia Navarra*, IX, voz “Pascual, Ángel María”, Pamplona, 1990, p. 45.

⁶ Rafael GARCÍA SERRANO, *La gran esperanza*, Barcelona, 1983.

⁷ Alberto CLAVERÍA, “Ángel María Pascual”: *Alcalá. Revista universitaria española*, 57, Madrid, 25 de mayo de 1954.

todo la anterior a Beethoven, era uno de sus mayores encantamientos, nos confiesa él mismo, que dice que sus mejores ratos los pasaba tocando un viejo piano de mesa, junto a un balcón, en una tarde vacía. Sabemos que le gustaba particularmente Mozart. Se retrata a sí mismo como “meditativo, tranquilo gustador de horas lentas, sensitivo, religioso, amigo de tradiciones pamplonesas, paseante al sol, alegre y multitudinario”⁸. Yo, que andaba por los quince años cuando él murió, lo recuerdo paseando despaciosamente por la Bajada de Javier, junto a Fermín Yzurdiaga. Y lo recuerdo también en las procesiones, como teniente de alcalde, con su pulcra chaqueta blanca encima de la camisa azul, su gesto sonriente, y su fino andar elegante.

En 1925 comenzó a colaborar en *Diario de Navarra* de la mano de su mentor Fermín Yzurdiaga en unas secciones que llevaban por título “Cymbalum mundi” y “Tijerefonemas”. Y con Yzurdiaga construía también una página entera de carácter religioso, con una configuración distinta a la del resto del periódico, en la que se cuidaba la presentación estética. Pero en este periódico su sección más importante fue la “Silva curiosa de historias” iniciada en 1931 y que se prolongó hasta 1937.

Se afilió tempranamente a Falange Española y tras una brevísima estancia en los frentes de combate cofundó con Yzurdiaga *Arriba España* y la revista *Jerarquía*. *Arriba España*, primer diario que tuvo Falange en España, se montó en la calle Zapatería, en los talleres de *La Voz de Navarra*, periódico nacionalista vasco, cuyos locales y maquinaria fueron confiscados. Su primer número es de 1 de agosto de 1937. En la primera página de su primer número había una “Oración a tres Caballeros”, San Miguel del monte Aralar, Santiago y San Jorge, “en la que se traslucía la prosa gentil de Ángel María Pascual”.

Jerarquía, subdenominada “la revista negra de la Falange” y también “Guía nationalsindicalista del Imperio, de la Sabiduría, de los Oficios”, publicó solamente cuatro números, pero ha pasado a ser una especie de mito dentro de la historia de las revistas españolas. Salió en Pamplona también en 1937, aunque sus números llevan fecha de 1936. Encargo directo de Franco a Yzurdiaga -Yzurdiaga fue el primer delegado nacional de prensa y propaganda del gobierno de Franco, y nombró a Dionisio Ridruejo su jefe de prensa-, su escuadra -así se la llama- estaba formada por el jefe: Fermín Yzurdiaga Lorca, y por Carlos Focaya de la Concha, Rafael García Serrano, Alfonso García Valdecasas, Ernesto Giménez Caballero, Pedro Laín Entralgo, Eugenio Montes, Martínez Crispín, Ángel María Pascual, José María Pérez Salazar y Víctor de la Serna. La edición era de Ángel María Pascual y las ilustraciones de Martínez Crispín. Su fin era atraer a los intelectuales. Pronto lograron imantar a Eugenio D’Ors, refugiado en París, y también colaboró, entre otros, López Ibor. Pedro Lozano Bartolozzi nos dice que “bajo el lema “Por Dios y el César”, alentaba en su contenido el estilo falangista, el talante poético y simbólico, el lenguaje «romano e imperial», lo religioso, patriótico e hispánico”. Lo más sorprendente de *Jerarquía* es la impecable tipografía. Esto respondía a una preocupación muy personal de Ángel María, preocupa-

⁸ En A. CLAVERÍA, *art. cit.*

⁹ P. LOZANO BARTOLOZZI, *Gran Enciclopedia Navarra*, VI, voz “Jerarquía”, Pamplona, 1990.

do siempre por la obra bien hecha, por el bien hacer en cualquier tarea u oficio. Él mismo publicó en el número 3 un artículo titulado “Tipografía y virtud de los oficios”, en el que dice que tenían los once de la revista un propio y dúplice oficio: *El oficio de lanzar el pensamiento de los intelectuales nacional-sindicalistas de un modo acorde, exaltado y grave, como en los coros de las grandes abadías se levanta el canto de la mañana. Y el oficio de darle forma tangible por medio del Arte Tipográfica, del oficio de imprimir*. La revista presentaba unos bellos volúmenes negros, impresos a cuatro tintas, con una mezcla de suntuosidad y pintoresco anacronismo (abundancia de mayúsculas; las U mayúsculas se transcriben siempre como V). Rezuma en la revista la admiración por Italia y por Roma.

Por cierto, valga como un anticipo de la visión de Pamplona de Ángel María un párrafo espléndido de ese artículo sobre la tipografía, en el que recoge la visión de la Pamplona artesana de aquellos años: *Por todas partes están los talleres en esta ciudad, donde suenan en las calles antiguas de guerras de burgos, los ruidos de los oficios eternos. Suena como una campana fija e incisiva el yunque del herrero, que bate metales ardientes; cosen sentados, casi en el suelo, los zapateros; diez carpinteros tallan la madera en la cuesta de piedras lisas que sube hasta la Catedral; lleva el aire el olor acre y sombrío de las pieles que cuelgan en su calle los boteros. Aquí, el que talla yugos para los bueyes lentos de la montaña los pone al sol que seque su fresca entraña de árbol recién cortado; en la muralla pasean los cordeleros entre ruedas y rastrillos de hierro, con su andar lento y balanceante de marinero en tierra para trenzar las cuerdas. Allá están de enseña los bastes y los arreos de las cabalgaduras aldeanas con las borlas rojas y los clavos dorados; los alpargateros hacen juegos de manos sobre su banco en cuesta, y en el rincón de la plazuela con sombra de iglesia y macetas, el escultor talla junto a la puerta sus estatuas. En el campo, sobre el río, huele la cera traída de todas las tierras de España, que luego se funde y se prensa en viejas máquinas del Setecientos, para llevarla a los puertos de niebla. No ha llegado apenas a mi ciudad el humo de las fábricas y aun el trabajo no tiene límite de sirenas ni olor de multitud¹⁰*. José Carlos Mainer, que publicó un estudio en 1971 sobre “Falange y Literatura” nos dice que *Jerarquía* “representó perfectamente las dimensiones ideológicas del peculiar momento de Falange -el ferviente heroísmo y la defensa de los valores religiosos-, pero también supuso la aportación de un grupo joven y valioso, preocupado en la búsqueda del *ethos* del perfecto militante¹¹”. En la nómina de escritores de *Jerarquía*, además de los once de la “escuadra”, hay que apuntar nombres importantes como el ya citado de Eugenio D’Ors, Juan Pablo Marco, Gonzalo Torrente Ballester, Luis Rosales, Luis Felipe Vivanco, Dionisio Ridruejo, Agustín de Foxá y Ramón Basterra. Rafael Sánchez Mazas, José María Alfaro, Antonio Tovar también estuvieron relacionados con el grupo. Todos ellos vinieron por Pamplona y estuvieron aquí más o menos tiempo, haciendo de nuestra ciudad una pequeña “Atenas” del norte, tal era el sueño de Ángel María.

Acabada la guerra, “Falange -nos dice Mainer- se mantuvo al margen de los sórdidos intereses de la revancha burguesa. En una sociedad pragmática y

¹⁰ Á. M^a PASCUAL, “Tipografía y virtud de los oficios”: *Jerarquía*, 3, 1937, pp. 174-175.

¹¹ J. C. MAINER, *Falange y Literatura*, Barcelona, Labor, 1971, p. 41.

despreocupada como la que se avecinaba, posiblemente su error estuvo en la distancia abismal que mediaba entre la fantasía creadora de sus poetas y sus novelistas y las dimensiones reales de un mundo cerril e interesado. No obstante, correspondió a Falangé la reapertura de la vida intelectual madrileña con posterioridad a 1939¹². Ángel María Pascual, sin embargo, como Yzardiaga, no quisieron salir de su ciudad; permanecieron en Pamplona.

La dirección de prensa pasó a manos de Juan Aparicio, y éste promovió la fundación de *El Español*, surgido el 31 de octubre de 1942 como "Semanaario de la política y del espíritu". Publicó 236 números y desapareció en 1947, aunque más tarde resurgió en 1953. Era una revista muy distante de *Jerarquía*, mucho más popular e infinitamente más descuidada en lo tipográfico. El sensacionalismo político alternaba con la información literaria, con entrevistas y encuestas. Una sección fija de *El Español* fue "Cartas de Cosmosia" de Ángel María Pascual, una visión de los problemas del momento, escritas en Pamplona y desde Pamplona. Pascual colaboró también en otras revistas como *La Estafeta literaria*, *Vida Vasca*, *Vértice*, *La Voz de España* de Santiago de Chile, entre otras.

En octubre de 1945, Ángel María comienza a escribir en *Arriba España*, "Glosas a la ciudad", crónicas de la vida de Pamplona de la que luego hablaremos, y que siguió publicando hasta su muerte.

Sometido en el mes de abril a una sencilla operación quirúrgica, y ya en su casa, al parecer sin peligro, murió inesperadamente el 1 de mayo de 1947, cuando tenía treinta y cinco años. Dejaba viuda y tres hijos. En la esquila publicada en ese día se nos dice que era Hermano de la Pasión del Señor y de la cofradía del Santo Ángel, camarada de la Vieja Guardia, redactor jefe de *Arriba España*, delegado provincial de Educación Nacional, jefe provincial del Sindicato del Papel, Prensa y Artes Gráficas, presidente de la Asociación de la Prensa de Pamplona y director de *La Hoja del lunes*, y ex teniente de alcalde del Ayuntamiento de Pamplona.

SU OBRA LITERARIA

Dejamos para el final sus libros sobre Pamplona, que no son en realidad más que recopilaciones posteriores a su muerte de artículos periodísticos, a excepción de *Capital de tercer orden*, que no es estrictamente un texto sobre nuestra ciudad.

Ángel María Pascual escribió varios libros, alguno de ellos publicados póstumamente. Y en libro fueron recogidos también algunos de sus artículos periodísticos, concretamente de entre los referidos a Pamplona.

Su primer libro publicado, en 1943, es *Amadís*. Es un libro original, que conjuga la novela, el teatro y la evocación lírica. El personaje caballeresco, presente al comienzo del libro en magníficas páginas llenas de aliento épico y de fervor lírico, va transformándose a partir del capítulo V, y Amadís va siendo el Gran Capitán, el padre Láinez en el concilio de Trento luchando con argumentos teológicos, Juan de Austria... Viene a ser una metáfora de la historia de España. En la lucha caballeresca Amadís se agota y acaba convirtién-

¹² J. C. MAINER, *ídem*, p. 47.

dose en Don Quijote. Cuando Amadís-Don Quijote muere y hace testamento, éste es el que escribió José Antonio en la cárcel de Alicante. El libro resulta, pues, en último término un homenaje al fundador de la Falange.

Como libro político, y de interpretación política, resulta sin duda polémico y sujeto a críticas. Como obra literaria, es un texto magnífico. La narración está envuelta en poesía. En los capítulos dramatizados -diálogos teatrales- las acotaciones de carácter escénico nos recuerdan el cuidado con que las trabajaba Valle Inclán. Hay anacronismos deliberados -que me parecen anticipar algunas obras de Álvaro Cunqueiro, y no sólo por esto- y juegos entre el tiempo real y el imaginario. Así cuando Amadís-el Gran Capitán está en Roma con el papa Borgia, *por el camino de Ostia vienen dos hombres en bicicleta. Son Eugenio D'Ors y su amigo José Pijoán. Se apean lejos. Eugenio D'Ors pregunta con su hablar preñado, sereno y dormido:*

-¿Y quiénes son esos dos hombres que cabalgan a ambos lados de Amadís?

-El de la izquierda es Ernesto Giménez Caballero, que hoy descubre el cielo de Roma. El de la derecha es Garcilaso de la Vega.

-Entonces este hombre será el poeta destinado a introducir en España la forma poética más italiana: el soneto.

-No, maestro Eugenio. Este Garcilaso a quien usted se refiere no ha nacido todavía¹³.

Son otros muchos los personajes que aparecen en la obra: Tiziano, Alberto Durero, Eugenio Montes, Azorín, etc.

Como señala Sánchez Mazas, tomándolo de Tomás Borrás, a quien cita, "lo que trató Pascual, con su personal y rico estilo, fue dar a lo contemporáneo lo que él creía que era su contenido permanente; el ejemplario, «aquello que se repite, a lo largo de los siglos, en situaciones paralelas».

Don Tritonel de España aparece en Madrid y está fechada en Pamplona, en julio de 1944. De ella dice Miguel Sánchez Ostiz: "Obra brevísima, es de parecida estructura y similar contenido que la anterior (*Amadís*), aunque su mensaje político sea mucho más claro y preciso sin que aje la calidad de la prosa. En esta obra, Pascual habla del amor del disgusto a España, amor del desengaño por el sueño truncado de una España mejor, de la vida como milicia, del ideal caballeresco, del caudillo, el orden nuevo y la unidad de destino para terminar por un "con el imperio hacia Dios"¹⁴. Al leerla, me ha dado la impresión de que era una obra de encargo, para alguna marcha, probablemente hacia Santiago, del Frente de Juventudes. Parece escrita más rápidamente que las demás obras, aunque el estilo de Ángel María brilla también.

De *San Jorge o la política del dragón*, publicada póstumamente en Madrid en 1949, nos dice Sánchez Ostiz que es semejante a las anteriores: "anacronismos voluntarios, referencias a la política de su época y a sus contemporáneos, y claro mensaje disfrazado de fantasía literaria escrita con un lenguaje muy rico"¹⁵. En el inicio del libro se refiere directamente a un lugar de nuestra ciudad: a la parroquia de San Cernin y al caballero que cabalga desde siglos sobre uno de sus muros: *Las vidrieras se apagaron de pronto y la som-*

¹³ Á. M^a PASCUAL, *Amadís*, Madrid, Espasa-Calpe, 1943, pp. 116-117.

¹⁴ M. SÁNCHEZ OSTIZ, *Gran enciclopedia navarra*, art. cit.

¹⁵ M. SÁNCHEZ OSTIZ, *ídem*.

*bra ocultó aquel caballero gigantesco que una mano nimbada envía imperiosamente en el muro izquierdo de la nave mayor. Pero al volver el sol sus rayos oblicuos, donde flotaban desvaídas volutas de incienso, iluminaron debajo, en el fondo de su capilla, la efigie de San Jorge, lanceando al dragón. La armadura de oro se incrustó en gemas lejanas con el reflejo pálido de las frías vidrieras, y otra vez sonaron las campanas militares de San Cernin de Pamplona, bajo el cielo de hornacina, entre las nubes blancas de la tarde de abril*⁶.

De *Catilina, una ficha política* (Madrid, 1948) dice Sánchez Ostiz que “acaso sea su obra más acabada”¹⁷. Fue reeditada en 1989. Está fechada en Pamplona el 6 de mayo de 1945. Podemos señalar, primeramente, la recreación del ambiente y de la historia de Roma, en los momentos crepusculares de la República. Pascual ha manejado, en primer lugar, las obras de los historiadores y escritores latinos: Cicerón, Tito Livio, Salustio y Suetonio. También las obras más importantes de su tiempo relacionadas con el mundo romano y más en concreto con la conjuración de Catilina. La descripción del ambiente de la ciudad de Roma me parece espléndida. De gran agudeza, aunque posiblemente con la intención de orientarla hacia su tesis, es la evocación de los problemas surgidos a raíz de la dictadura de Sila. Leyendo el libro de Pascual, uno puede hacerse idea bastante cabal del funcionamiento de las instituciones romanas en la época republicana. Viene luego la interpretación del personaje y de su conspiración. Tradicionalmente, y basándose sobre todo en los discursos de Cicerón, la figura de Catilina aparece como la de un ambicioso sin escrúpulos, lleno de vicios. Para Pascual, Cicerón es un personaje detestable, prototipo de los conservadores, y Salustio, que trata mejor a Catilina, era un amigo de César, a quien no le interesaba dejar demasiado bien al conspirador -porque si Catilina hubiera triunfado, viene a decir Pascual, César no hubiera sido César-. Pascual se decanta claramente a favor de Catilina, frente a toda la historiografía tradicional. Este libro de Ángel María, como todos los suyos, tiene una clave política. Fijémonos en la fecha que cierra el libro: 6 de mayo del 45. El 29 de abril Mussolini había sido ejecutado por los guerrilleros. Acababa de morir Hitler, el 30 de abril. Al día siguiente de la data del libro, el 7 de mayo, Keitel firmaría en Reims la rendición incondicional de Alemania. Leemos el último párrafo del libro: *Termina la historia de un gran fracaso. Los catilenarios de todas las épocas arrebatan de pronto, brillan fugazmente, conmueven un orden cansado y mueren en una gesta inútil. Un viento latino se lleva las flores marchitas. El tiempo cubre después las lápidas de maldiciones y de tinieblas; pero nunca es tarde para dejar una rosa nocturna sobre las cenizas del Héroe y para soñar un amanecer en que vuela otra vez, sobre un signo solar rodeado de laureles, el águila de plata*¹⁸. La alusión a los símbolos fascistas parece evidente.

Esta obra es muy distinta de las anteriores. Aunque escrita también desde la óptica del momento histórico en que vivía y de su propia ideología, en *Catilina* no aparecen los anacronismos deliberados ni las alusiones directas a lo contemporáneo, aunque el trasfondo sí suponga una referencia a la actua-

¹⁶ Á. M^a PASCUAL, *San Jorge o la política del dragón*, Madrid, 1949, pp. 11-12.

¹⁷ M. SÁNCHEZ OSTIZ, *idem*.

¹⁸ Á. M^a PASCUAL, *Catilina. Una ficha política*, Barcelona, Sirmio, 1989, p. 146.

lidad política. En cuanto al estilo, resulta mucho más sobrio y depurado que en sus obras anteriores. El lirismo no está ausente, pero siempre utilizado con sobriedad y sometido al ritmo de la narración histórica.

Capital de tercer orden. Versos del amor de disgusto es el único libro de poemas escrito por Pascual. Apareció en 1947, el año de su muerte, la Cofradía del pimiento seco de Pamplona lo reeditó en 1971 y la Dirección de Cultura del Gobierno de Navarra lo ha reeditado recientemente, con un prólogo de Miguel Sánchez Ostiz. De él nos dice Miguel D'Ors: "presenta, con un lenguaje deliberadamente prosaico, un mundo caricaturescamente costumbrista que hace pensar en ciertas páginas poéticas de Valle-Inclán y en la obra narrativa de Camilo José Cela, y que cabría emparentar con la tradición del tremendismo español, a la que pertenecen, entre otros, Quevedo, Goya, Vallé-Inclán, Solana y Cela"¹⁹. Dámaso Santos considera esta obra como un claro precedente de la poesía social española (cit. por M. Sánchez Ostiz en la *Gran Enciclopedia Navarra*). Para Andrés Trapiello, estos poemas "son inusuales por su belleza y su precursora temporalidad en aquella España de los cuarenta que Pascual supo ver como una ciudad de tercer orden"²⁰. Sánchez Ostiz nos dice que es "una obra llena de desolación, de melancolía, de desengaño; pero a la vez de rebelión contra el mundo del aburrimiento pardo provinciano, de la brutalidad, de la ramplonería de unas vidas llenas de tedio. Ahí esta su fuerza, y la utilización del lenguaje coloquial y el tono narrativo de los poemas no vienen sino a subrayarla"²¹. Advertimos en el libro, además de los poemas de intencionalidad social, un poema religioso escrito en liras (*Soledad*) y otro (*Viático en el suburbio*) en el que la temática religiosa se mezcla con la descripción tremendista del suburbio. Sobre todo en el primero asoma un sincero sentimiento religioso, que en Pascual se manifestó más firmemente aún en sus últimos escritos. *Capital de tercer orden* no es un poema sobre Pamplona, -Dámaso Santos decía que Pamplona era "ciudad reservada a la visión encantada, sentimental y emocionada que tenía este escritor"²². No hay datos identificadores de nuestra ciudad. Pero, escrita en nuestra ciudad, no hay duda de que el amor de disgusto la abarcaba también. Es la manifestación del desengaño de un hombre culto, que ambicionó renovar la cultura de su país, y se encontró con la chata realidad de una ciudad -y de una España- sin horizontes ni ilusiones culturales. El soneto final *Envío* es significativo de un desengaño y al mismo tiempo una reafirmación de un idealismo que no claudica.

En 1947 apareció también, en la "Biblioteca española de escritores políticos" (Madrid, Instituto de Estudios Políticos) el *Tratado de Monarquía* de Dante Alighieri, traducido del latín por Ángel María Pascual y al que él mismo abrió con un prólogo de factura exquisita en el que nos ambienta la composición del libro por Dante, nos informa sobre las cuestiones acerca de

¹⁹ M. D'ORS, *Aproximación histórica a la poesía navarra de la posguerra*, Burlada (Navarra), 1980.

²⁰ A. TRAPIELLO, *Las armas y las letras. Literatura y guerra civil (1936-1939)*, Barcelona, Planeta, 1994.

²¹ M. SÁNCHEZ OSTIZ, *Gran Enciclopedia Navarra*, art. cit.

²² Conferencia en el Nuevo Casino de Pamplona. Referencia en *Diario de Navarra* 18-XII-1987.

la fecha de su composición, y nos sintetiza la visión de la monarquía del florentino, para quien la monarquía no era otra cosa que el imperio, y el Imperio Romano. *Conviene advertirlo -dice Pascual- para que el lenguaje actual no dé al título una interpretación reaccionaria, liberal y burguesa. El Imperio, la universal Monarquía, la institución más monárquica en el sentido de poder único y la institución más antimonárquica en el sentido francés, nacionalista y conservador, que hoy han dado a esta palabra los teorizantes de la «Acción Francesa»²³.*

Dejamos para el final los dos libros sobre Pamplona -en realidad recopilaciones posteriores a su muerte de artículos periodísticos-.

Las influencias literarias que recibió fueron sin duda múltiples, y sin duda variadas. Cuando, al final del *Amadís*, el licenciado Pero Pérez y Maese Nicolás lanzan al fuego los libros de caballerías de Amadís-Don Quijote -porque Don Quijote no es otro que Amadís cuando recobra el juicio- salvan, como salvó Cervantes, los cuatro libros de Amadís de Gaula, si bien queman todas sus continuaciones. El bachiller Sansón Carrasco toma entonces un libro pequeño y lee:

“Tres golpes de sangre tuvo
y se murió de perfil”,

y maese Nicolás dice: *A éste no condenéis. Me lo llevo conmigo. A nadie lo dejaré*²⁴. Parece un claro homenaje a García Lorca, cuando el mismo nombre del poeta era nefando en aquel año de 1943. Como no lo nombra, habría pasado la censura sin dificultad, en un posible quiebro irónico a la ignorancia de los censores.

Pero la mayor influencia por todos reconocida es la de Eugenio D'Ors. Clavería, que fue discípulo de Pascual, dice: “Ángel María señalaba una meta estilística de sencillez polícroma: en el cristal transparente de Azorín, la garra vigorosa y redonda de Valle Inclán, el punto de apoyo de D'Ors, el señorío de José Antonio”²⁵. (En cuanto a esta última referencia, digamos que, por ejemplo para Ridruejo, José Antonio fue mejor escritor que político²⁶. Escribía bien).

ÁNGEL MARÍA PASCUAL COMO ESCRITOR POLÍTICO

Como hemos visto, Ángel María adoptó una posición política muy concreta, posición que, hoy, evidentemente, no goza de popularidad, y que, además, a la luz de la historia, resulta marcada con aspectos muy negativos. Pero es preciso intentar un esfuerzo de comprensión, sobre todo hacia un hombre claramente honesto en sus planteamientos humanos y cívicos. Nos dice José Carlos Mainer: “Para mí -suspensos juicios políticos más comprometedores-, Falange Española fue en los años que repasaremos la formulación más atractiva y violenta de una rebeldía que se venía larvando de tiempo atrás; en gran medida, fue una vocación juvenil muy pura que, pese a la

²³ Á. Ma PASCUAL, prólogo al *Tratado de Monarquía de Dante Alighieri*, Madrid, 1947, p. 69.

²⁴ Á. Ma PASCUAL, *Amadís*, p. 181.

²⁵ A. CLAVERÍA, *art. cit.*

²⁶ D. RIDRUEJO, *Sombras y bultos*, Barcelona, 1977, p. 184.

hipoteca burguesa que la lastró y acabó por disolverla, planteó una primordial protesta contra lo más caduco del derechismo contemporáneo²⁷. Rafael Conte dijo en la conferencia que hemos citado que el compromiso falangista de Ángel M^a Pascual fue explícito, pero que no hubo en él crueldad ni apelación a la violencia ni al odio, como en otros autores. Fue, dice, un combatiente ético y, para muchos, un escritor equivocado.

Muchos escritores falangistas fueron cambiando con el paso de los años, como Ruidrejo, Laín Entralgo, Torrente Ballester... Algunos permanecieron fieles a sus orígenes hasta el final, como nuestro García Serrano. El caso de Pascual resulta atípico por su temprana muerte. Su posición última fue de desengaño y malestar. Conte dice que se declaró hostil al nazismo alemán durante la guerra mundial, aunque ignoro el texto o textos en que así se expresó. Dentro de la Falange perteneció con Yzurdiaga a la corriente hedillista, y esto se refleja en las páginas de *Arriba España*, mientras se pudo reflejar.

Alberto Clavería se pregunta si Ángel María Pascual fue un escritor político y responde que “fue un escritor político sin dejar de ser un escritor y de llevar su investigación allá donde le condujera. Pascual halló la libertad en su propia pasión por la fórmula ideal del Imperio, en su visión de la historia ordenada sobre fecundos prejuicios²⁸”. Conte distinguió dos líneas literarias surgidas de la victoria militar en la guerra civil: la literatura fascista con hombres como D’Ors, Laín, Ruidrejo, Tovar, Giménez Caballero, y en Navarra Yzurdiaga, García Serrano y Ángel María Pascual, entre otros; y la literatura franquista, más conservadora y burguesa, en la que se enmarcan nombres como Vizcaíno Casas, Romero, Villalonga, etc.

Pascual tuvo una cosmovisión -recordemos *Cartas de Cosmosia*-, es decir, una visión global del mundo y de la vida de los hombres. Probablemente esta visión fue haciendo aguas en sus días postreros. Y hablar sobre cómo hubiera podido ser su evolución posterior es apostar por un futuro sobre el que pienso que no es lícito especular.

En *Glosas a la ciudad*, en *Capital de tercer orden*, que son sus últimos escritos, la ideología falangista está prácticamente ausente. Es el único indicio que nos permite suponer una evolución posterior que no sabemos qué derroteros hubiera tomado. En cambio se constata la pervivencia intensa de un catolicismo militante.

ÁNGEL MARÍA PASCUAL Y PAMPLONA

Ángel María llegó a decir que no le placía ni concebía otra política sino aquella que no rebasara los límites del municipio. “Le gustaba leer en Guicciardini o Maquiavelo -nos dice Alberto Clavería- los enredos de las pequeñas señorías italianas, y ver en ellas una representación en pequeño de los problemas de máxima magnitud. Era amigo de la claridad y el límite. Pero de la concepción del municipio saltaba a la del Imperio. Le repugnaban los nacionalismos”. “No quiso salir de la provincia, o mejor, de la ciudad” y “la circunstancia personal de permanecer era activamente voluntaria, no casual²⁹”.

²⁷ J. C. MAINER, *ob. cit.*, p. 13.

²⁸ A. CLAVERÍA, *art. cit.*

²⁹ A. CLAVERÍA, *art. cit.*

Ángel María fue un enamorado de su ciudad, de Pamplona. De eso no cabe duda. Fue un cronista excepcional de su ciudad. Pero, como señaló Sánchez Ostiz, no es un escritor localista, se preocupó de trascender el localismo. Hizo crónica del pasado y de su presente en artículos periodísticos que, después de su muerte, han sido recopilados, en parte al menos, en dos libros.

Las crónicas del pasado, que publicó en *Diario de Navarra* con el seudónimo "Biyek" y posteriormente en *Arriba España* fueron recogidas en parte en un libro titulado *Silva curiosa de historias*, prólogo y selección de Miguel Sánchez-Ostiz, editado por Pamiela, en Pamplona, en 1987.

La primera silva -*Corpus del viejo Pamplona*- apareció en *Diario de Navarra* el 4 de junio de 1931. La última -*Refiérese la (historia) de un vendedor de quincalla llegado a la ciudad*- se publicó en *Arriba España* el 26 de noviembre de 1938. Por esta obra asoman caballeros de época, virreyes, obispos, predicadores, escribanos, soldados, doctos doctores, inefables licenciados, cirujanos expertos y torpes, artesanos, costumbres, festejos, calamidades, grandes y pequeños acontecimientos que alteraron la vida cotidiana de Pamplona en los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX. Los menudos acontecimientos de la ciudad, los que rompían la monotonía de los días, las fiestas, las trapacerías, la representación de farsas, los relojes que marcaban las horas descompasadamente, las procesiones, las funciones votivas, los contrabandos, los pescadores ilegales, las obras en los puentes, los hielos y las nieves, la vida palpitante de la ciudad, van pasando por estas páginas, no escritas bajo el desafuero de la fantasía, sino tras cuidadosa investigación en los viejos libros de actas municipales. Aquí se perfila ya una de las cualidades fundamentales de Ángel María como escritor: la de recrear ambientes, la de sugerir ecos de vida verdadera para la noticia intrascendente.

Glosas a la ciudad es, creo yo, el libro de oro de Pamplona. Y lo es precisamente por esa inigualable capacidad evocadora y ambientadora de su autor. Otros autores, estoy pensando por ejemplo en Arazuri, han ofrecido a la ciudad informaciones de valor incalculable sobre la historia de sus calles, de sus fiestas, recogiendo anécdotas y costumbres. Pero nadie ha logrado como Pascual que, cuando estemos leyendo en alguna de sus glosas la descripción de una calle, de unos jardines, de una fuente, de un refectorio conventual, tengamos la íntima sensación de que estamos allí, inmersos en ese lugar, viviendo con él un momento único.

Las glosas se fueron publicando casi diariamente en *Arriba España*. La primera lleva fecha de 3 de octubre de 1945; la última, de 12 de abril de 1947. En 1963 Morea inició su colección, publicando en libro la mayor parte de estas glosas -309- en total, en edición patrocinada por el Ayuntamiento de Pamplona. El 5 de enero de 1988, *Diario de Navarra*, comenzó a publicar en folletón las glosas no recogidas en el libro, hasta 47. (Una advertencia: *Glosas a la ciudad* hay que leerlo como la poesía, a pequeños sorbos. No es para leerlo todo seguido).

Sobre las "Glosas" se han vertido encendidos elogios. Juan José Martinena dice "Las Glosas son para mí lo mejor de Ángel María"³⁰, y muchos

³⁰ J. J. MARTINENA, *En el XL aniversario de la muerte de Ángel María Pascual*, en *Diario de Navarra*, 20-XII-87.

suscribirán este juicio. Algunos comentarios apuntan certeramente a sus cualidades más destacables. Así el de Alberto Clavería: “Lo real y lo ideal, la crítica y el gozo, el estilo y la erudición no aventajada por nadie y a la vez sin pujos de investigación -aun siéndola y muy valiosa-, la nota viva y grata, lo cotidiano y lo permanente confluyen allí sin hermetismos ni vulgaridad de «a quien corresponda»”³¹. José M^a Pérez Salazar dijo que Ángel María vio y cantó a Pamplona “con un prisma de romanidad que matiza y perfila varias de sus páginas”. Nuestro recordado amigo ateneísta apunta aquí a una voluntad de dignificación de la crónica ciudadana, y a la vez de la ciudad, a la que envuelve en un aire clásico, lleno de nobleza. Hay que destacar que esta elevación de la crónica urbana periodística la cumple Ángel María cuando predominaba en la prensa española, en general, una información local vulgar y adocenada.

No hay que entender las glosas únicamente como libro literario o sutilmente entreverado de pasmosa erudición. Estas páginas lo fueron también de crítica municipal. Censura lo mal hecho, apunta reformas posibles, señala acertados criterios renovadores. José Miguel Iriberry dice con justeza que “se descubrió como un adelantado de su tiempo en las previsiones urbanísticas cuando todavía no se hablaba de urbanismo sino de construcción” y añade: “Acaso su pluma le hubiera ahorrado a la ciudad algunos de los desastres urbanísticos que a buen seguro hubieran sido denunciados por él”³². Recojo a este propósito una frase del propio Pascual: *Conviene hacerse a la idea de que urbanizar no consiste únicamente en cuadrricular el paisaje con cemento. (Glosas a la ciudad, p. 180)*. Era muy consciente de la importancia de que se hicieran planes bien trazados. Escribe: *Todas las ciudades, como todas las cosas, necesitan un vestíbulo en que todavía haya algo de campo y algo de urbanización. Cuando un Ayuntamiento se descuida, esa transición se llama El Mochuelo. Cuando un Ayuntamiento siente una tentación de buen gusto se obtiene Argaray (p. 141)*³³.

Ángel María plasmaba la “contemplación estética y dinámica de su ciudad” (Dámaso Santos). Es la confluencia de lo antiguo y de lo nuevo, en empalmadura perfecta, sin que apenas lo notemos. La ciudad romana, la medieval, la virreinal van deslizándose a nuestra vista junto al dato inmediato y actual. Y todo transido de sincera emoción. ¿Es una emoción romántica? ¿Vivía Ángel María de añoranzas, a pesar de la juventud de sus años? *Yo no comparto la afirmación -nos dice (p. 205)- de que nuestros antepasados eran mejores que nosotros. Eran sólo menos numerosos y esto disminuía el número de sus deslices, a los que, por otra parte, cuando no llegaban a delitos, les daban menos importancia. Tenían en cambio una piedad más honda en todos los actos de su vida*. Es una visión serena y, a lo que pienso, bastante objetiva del pasado. El sentimentalismo que rezuman las páginas de sus glosas no es una efusión romántica sino puramente cultural. “Es la emoción misma de la historia, del arte, del saber” (Dámaso Santos).

Y este saber está en la base de sus juegos irónicos, de esa visión dual de las cosas que es la ironía, que le hace decir, por ejemplo: *Ya sabemos que un*

³¹ A. CLAVERÍA, *art. cit.*

³² J. M. IRIBERRI, *El homenaje pendiente*, en *Diario de Navarra*, 15-XII-87.

³³ Las citas de páginas que van a continuación de los textos en cursiva corresponden a *Glosas a la ciudad* de Ediciones Morea.

árbol es cotizabile en leña, pero también en belleza del paisaje, y por eso conviene sustituir en seguida la primera utilidad por la segunda (p. 191), a propósito de una desconsiderada tala de árboles en la orilla del río, frente a la Media Luna y la cuesta de Beloso. Que le hace titular una glosa “Una vivienda protegida, por favor”, y ese título desconcierta, porque se trata de implorar mejor acomodo para los Gigantes a quienes están metiendo, cuando concluyen los sanfermines, en un decrepito local de la calle Calderería que amenazaba ruina.

Las gentes de su Pamplona, a veces con nombre y apellido, con sus mo-tes -Claudio “Despachaperros”, Pepe el Tonto, Doroteo que cuidaba los pa-sos de la Semana Santa, Corpus la corsetera, el archivero Olivier, el médico Carlos Amat, don Cornelio que apuntilló con sus normas montserratinas y su liturgia renovada los viejos roquetes de puntillas almidonadas, Paz de Ci-ganda y tantos otros. Las tardes intensas de sol, con media calle en sombra en Mayor, en San Miguel... Los colores de la ciudad: *Ayer estaba dibujado el cielo de la tarde con dos colores únicos: al lápiz plomo y al siena claro. Los dos co-lores se reflejaban en la ciudad sobre el ramaje desnudo de la bajada de Tejería* (p. 79). Ve un día las torres de Pamplona *desde el dédalo de las calles cuando, de pronto, se encienden como si fueran de oro y, de pronto, quedan oscuras y fú-nebres, como grandes blandones apagados* (p. 88). Y otro día ve la ciudad a vis-ta de campanero y entonces *Pamplona tiene, desde las torres, un color amarillo de barbecho de la Cuenca. Sólo por un lado se extiende la mancha intensamente roja del Ensanche*. En lo alto de la Navarrería, *la torre de la Catedral arde co-mo una custodia procesional de oro. Y allí abajo, en la sombra azul de la plaza, la fuente de Santa Cecilia parece un oscuro candelabro barroco* (p. 107). Y en noviembre *es el tiempo de la Biurdana, cuando a pesar del sol tiñe los paisajes la melancolía. Los matorrales enrojecen de un orín marchito y las orillas del río cu-bren aquel verde, entristecido por el hedor de la alcantarilla, con una pasmosa y efímera alfombra de oro* (p. 246).

Son los olores, los que no avienta el frío y son los auténticos, el olor de curtidos de la calle de Comedias, el olor de mar podrido de la plazuela del Mercado, con sus cajas abiertas de pescado y churretes de sal decantada en las aceras, y el de fritanga y vinazo de la calle de San Nicolás (p. 66), el olor del serrín y de las pinturas de la Navarrería. Y esos otros olores transitorios, como el de la feria de los ajos cuando concluyen los sanfermines, cuando *una muchacha con vestido de flores y una horca al cuello -una horca de ajos, se entiende- tiene de lejos un aspecto de «vahiné» hawaiana. Claro que de cerca el olor de este collar y el de las flores australes deben ser bastante opuestos. Pero el olor precisamente, al henchir el tenue aire del estío, es lo que da a la Plaza de Recoletas un cariz ribereño*” (p. 204).

Y los sonidos, el de esos gorriones que cantan en primavera en la hie-dra de casa Huici, junto a la plaza de Mola o en el pino de la diputación y *vienen a nuestros balcones y ponen en cada hora una rúbrica de alegre y humilde travesura* (p. 143). O las campanas, las pequeñas campanas de Pamplona que *o bien recuerdan el martilleo de las fraguas, o bien el batido del cristal* (p. 45). Los sonidos de la noche: *Las campanas de cristal envuelven la ciudad en estas noches en que el cierzo produce un gran silencio lleno de insospechados y lejanos sonos: ¿Quién oye si no en noches como éstas esas locomotoras desveladas que an-dan por la gran curva de los Berrios? ¿Y esos perros de la Rochapea que demues-tran la verdad del verso clásico «cual latido de can siempre despierto»? Llegan los*

sones profanos y llegan las campanas de las Recoletas, de las Carmelitas, de los Capuchinos en mitad del sueño de la ciudad dormida en los mórbidos brazos de la luna, porque entonces mismo hay almas vigilantes y voces que rezan para que la ciudad descansa tranquilamente, beatamente (pp. 45-46).

Es la lluvia, tan presente en muchas páginas hermosas. La lluvia *que gusta de las calles solas, de los patizuelos, de los brocales, de las solanas con tiestos de hojas colgantes en el barandal* (p. 120). *Las cantábricas borrascas tienen una hora de plenitud y de ambiente en la más alta noche, cuando ya no hay nadie. Solamente el rumor del agua, el suave acorde de la llovizna, sirven de fondo a la nota más sonora de las goteras y al hueco golpeteo de las cañerías. Imaginad entonces la cuesta del viejo Hospital y aquella Plaza indefinida que hay en su flanco izquierdo. La bahía negra de la Rochapea late en un oleaje de árboles sacudidos por el Noroeste, y las luces de Artica y los Berrios tienen esa pequeñez cuajada, dispersa y absorta de las aldeas pesqueras. Allí hubo una tabernilla que tenía un rótulo de taberna de puerto, con broncas de marinos extranjeros: «El Pájaro de la noche»* (p. 247).

Son los juegos de bochas que van desapareciendo, el juego de la pelota en la calle Nueva, evocado por el Padre Moret..., los patinadores en la nieve, cuando aún nevaba con solidez en la ciudad...

Tantos rincones, tantos detalles, que nos ayudan a descubrir la poesía de las cosas sencillas y humildes que nos envuelven cada día.

No todo es exaltación ni elogio. Habla, por ejemplo, de la rigidez académica, tras el hundimiento hacia 1800 de la iglesia antigua, de la iglesia nueva de San Lorenzo, con algo de napoleónico. *A falta de otro mérito, San Lorenzo era esto: un ambiente. Pero un día levantaron el más horrible altar mayor del mundo y todo se evaporó. Sin duda era necesario demostrar que, en punto a fealdad, aún podía superarse la fachada nueva* (p. 210). Y aún generaliza más: *El siglo XIX y los primeros cuarenta años del actual, pasaron sobre las iglesias de Pamplona como un alud de santos propósitos y de horrible mal gusto* (p. 209). Habla, por ejemplo, de la ex-Dormitalería, en la que se han ido estropeando sus encantos más íntimos: *Y una tras otra van cayendo las casas bajitas con puertas redondas y zaguanes de cal, para ser sustituidas por esas otras altas anodinas, feas, vulgares, que debieron quedarse siempre en la Merced, donde ya no hay remedio. La Ex-dormitalería. Es una pena, pero hay que llamarle así, a no ser que el transeúnte sentimental se pare, cierre los ojos y vea entonces aquella casa, aquel ciprés, aquel balcón, aquel día antiguo que se quedó allá olvidado* (p. 333). Censura el excesivo puritanismo moral que alcanza a los mismos sanfermines: *El baile público -donde hubo un tiempo en que nuestros piadosos abuelos no se desdeñaban en mezclarse con el pueblo- sufrió también un fuerte golpe desde que sus piadosísimos nietos sintieron remordimientos de conciencia. Y sólo quedaron los bailes cerrados sin animación callejera, pero con una moral de tacón alto que no tiene las mismas normas que la moral exigida a la alpargata* (p. 319). Y le duele, obsesivamente, que haya una guerra contra el árbol y se talen sin tregua los que rodean la ciudad. *Volvamos a cubrir de árboles las márgenes del río, el prado del Recodo, los caminos. Así estaban hace pocos años cuando suponíamos todos -engañosamente- que había concluido la guerra contra el árbol. Hagámoslo pronto* (p. 327).

A veces un pequeño detalle sirve de trampolín para alzarse a una fantasía, a una reconstrucción imaginaria, como la posible historia del pobre La-

ra: ¿Quién fue? En la Vuelta del Castillo, un banco de piedra con señales de pintura aún, lleva desde tiempo inmemorial bajo una cruz y entre símbolos mortuorios esa inscripción angustiosa. No creo que en las más solemnes necrópolis del mundo se haya llegado a tanto patetismo. Fue tan pobre en todo, que hasta perdió su nombre, y un día cualquiera pudo empeñarlo en el Monte de Piedad. Y entonces el poeta -porque aquí Ángel María es un poeta- imagina la historia de este pobre Lara, a quien un día tal vez le dijeron: ¿Por qué no vas, Lara, a la Misericordia?, y él se resistiría macilento y apático, hasta que un día dijo: Iré. No puedo más. Y caería allí mismo, y allí le enterrarían. ¿Le enterraron...? Yo conocí a una señora que siempre, al pasar junto al banco, aunque en él estuviera sentada una pareja de novios, rezaba un padrenuestro por el pobre Lara (pp. 183-184). Y otro día Ángel María imagina a San Urbano, el de la ermita de Gascue, paseando por la Taconera, donde los de Gascue, cuando venían a Pamplona, lo encontraban a eso de la una y él les daba cariñosas palmaditas: -¿Qué haces, Joshe Miguel? ¿Y la abuela Catalina? ¿Tienen ya dueña joven en casa Francisco?, hasta que lo hicieron papa y los de Gascue iban hasta Roma a pie para obtener dispensa matrimonial cuando eran primos, pero él ya no venía los veranos a la Taconera (p. 172). Y así ve también, tan cercanos, tan humildes, a «los santicos de San Nicolás», «los santos de pan y chistor» (p. 282), San Mauro, San Antón, San Sebastián, San Babil, San Blas. San Babil decía Misa en San Nicolás y después se quedaba dando gracias en un arrobo de amor divino junto a la puerta chiquita de la sacristía. Un día le hicieron obispo, pero no cambió nada (p. 290).

Estas crónicas de la ciudad son páginas hermosas. De las que podría comentar tantos aspectos aún. De las que podemos decir que nutren el placer de leer.

RESUMEN

Ángel María Pascual murió a los 36 años, en el umbral de una madurez prometedor. Dejó una obra literaria de gran interés. Fue precursor de la poesía social en *Capital de tercer orden*. *Amadís* es obra en prosa cargada de lirismo y *Catilina* nos ofrece una visión original y llena de fuerza del personaje romano. Son obras cuyo valor literario permanece por encima de las discutibles intenciones políticas que guiaron al autor. Pero la mayor actualidad corresponde a *Glosas a la ciudad*, una recopilación de sus comentarios periodísticos sobre la vida cotidiana de Pamplona. Esta obra resulta de interés no sólo para los habitantes de la capital navarra -aunque para ellos, sin duda, en primer lugar- sino como modelo de una crónica ciudadana que trasciende lo local por su galanura literaria y por su concepción de la ciudad como espacio de la realización humana en sus dimensiones más profundas.

ABSTRACT

Angel María Pascual died when he was 36 years old, at the beginning of a promising maturity. He left us a very interesting literary work. He was a precursor of social poetry in *Capital de tercer orden*. *Amadís* is a piece of prose full of lyricism, and *Catilina* shows us an original and strengthened vision of the roman celebrity. These are writings whose literary value stays over the discussable political intentions the author followed. But the most popular in these moments is *Glosas a la ciudad*, a compendium of his journalistic com-

mentaries about daily life in Pamplona. This work is interesting not only for Navarra's capital's inhabitants –though in first place for them, of course– but also as a model of an urban chronicle that overcomes localism by means of literary elegance and a conception of the city as an espace for the human realisation in its deepest dimensions.